

Carta pastoral para el Domingo de la Vida 2020

"Regocijense siempre, oren siempre y den siempre gracias a Dios" (1 Tesalonicenses 5:16). Existe una conexión interna entre alegría, oración y gratitud. Es lo que caracterizará nuestro clima interior y dará fruto en nuestra forma de vivir en alabanza y gloria a Dios y para bien de nuestro prójimo. Estamos llamados a difundir esta atmósfera a nuestro alrededor. Desafortunadamente, con frecuencia es más bien la insatisfacción, el vacío y la desesperación lo que caracteriza el clima de nuestra sociedad, sobre todo durante esta pandemia. "Que el Dios de la paz os santifique por completo" (1 Tesalonicenses 5, 23), queridos hermanos y hermanas, para que se puedan convertir en mensajeros de alegría, oración y gratitud para nuestros semejantes en Suecia hoy. En este tiempo en que el virus *covid* se propaga aún más, debemos sentir gran gratitud por todos los que trabajan en el sector sanitario y hacen todo lo posible para ayudar a los enfermos graves. Muchos de ellos corren el riesgo de agotarse por completo. A través de su trabajo dedicado, nos fortalecen a todos en la creencia en la dignidad y en los derechos de todos los seres humanos. Oramos por ellos, así como por todos los enfermos, para que Dios les ayude y les bendiga.

Todos estamos llamados a profundizar en nuestra relación con Dios y a seguir a Jesús con mayor celo. Justo a tiempo para el Adviento, se acaba de publicar en sueco la "Biblia católica anotada", que nos ayudará a penetrar en el mensaje de la Biblia e iluminar más nuestra fe católica. Debería ser natural que todos los católicos de nuestra diócesis la lean y se renueven con ella, para que juntos seamos una iglesia más evangelizadora en nuestro país. Así evitamos también la tentación de quedar atrapados por ideologías, que fácilmente conducen a la división e impiden dar un testimonio creíble en un mundo ya dividido.

En el evangelio de hoy nos encontramos con Juan el Bautista. Él fue testigo de la luz y todos nosotros a raíz de nuestro bautismo y confirmación somos también testigos de Aquel que es la Luz del mundo. Juan el Bautista dijo de sí mismo: "Soy una voz que clama en el desierto. Enderezad el camino del Señor" (Juan 1:23). Como Juan, debemos abrir camino para Jesús. Nosotros, discípulos de Jesús en el día de hoy, somos como una voz que clama en el desierto, pero ¿Quién quiere escucharnos? ¿Quién quiere recibir a Jesús y escuchar a su Iglesia? Todos necesitamos los dones del Espíritu para atrevernos a defender nuestra fe y transmitir con valentía la buena nueva. Si confiamos en la asistencia constante del Espíritu Santo y nos atrevemos a compartir nuestra fe, nos sorprenderemos a menudo viendo como otros nos escuchan y absorben lo que transmitimos. Por eso es tan importante que este clima de alegría, oración y de gratitud sea lo que nos caracterice. Podemos repetir la oración colecta de la misa de hoy para cobrar nuevas fuerzas: "Mantén encendida nuestra oración y nuestro anhelo, para que recibamos la alegría que nos preparas y veamos cómo Cristo toma forma en nuestros corazones".

Durante el Adviento, nos preparamos para el nacimiento de Jesús en Belén, pero también para su nacimiento en el corazón nuestro y en el de todas las personas. Hemos recibido nuestra vida como un regalo de Dios. Hemos sido creados a su imagen. Pero hay más incluso: El quiere ocupar su morada en nosotros y hacer de nosotros su templo mediante el bautismo. Cristo quiere tomar forma en nuestro corazón cada vez más. Toda

criatura humana está llamada a la comunión más profunda posible con Dios, su verdadera vocación es ser santa y participar de la naturaleza de Dios. Por tanto, todo ser humano es infinitamente precioso a los ojos de Dios, aunque lamentablemente no lo sea siempre a los ojos del mundo. Cuando tratamos de transmitir este mensaje evangélico de la primigenia vocación dada por Dios y de la dignidad inviolable del hombre, encontramos oposición. Incluso cuando se habla de derechos humanos, a menudo se quiere, de un modo consciente o inconsciente, restringir y excluir a un grupo o atribuirle un valor menor. A causa del pecado original, existe en nosotros la tendencia a dividir a las personas entre “nosotros y ellos”. La historia lo atestigua con claridad. Ahora no es momento de poner ejemplos, sino más bien de que examinemos nuestra propia conciencia y pensemos cada uno a qué grupo de personas menospreciamos o consideramos enemigos o indignos. El maligno nos puede engañar de innumerables formas. Sabemos que siempre es más fácil culpar a otros que admitir que nosotros mismos subestimamos o excluimos a un determinado grupo. El maligno nos incita a ser *selectivos*.

En el ambiente cultural de hoy, son los “nonatos”, los niños por nacer, los que con frecuencia están en el puesto inferior de la escala de valores de los que son dignos de protección. A una cuarta parte de ellos ni siquiera se les permite nacer en nuestro país. A los ojos de muchos, el derecho inalienable a la vida no existe; en cambio, se habla de un supuesto “derecho al aborto”, aunque ninguna declaración de derechos humanos lo considere así. Bien sabemos qué grande es el poder del lenguaje. El Papa Francisco recuerda una y otra vez este derecho a la vida otorgado por Dios a los no nacidos y recientemente en su encíclica *Fratelli tutti* ha dicho “los no nacidos son también nuestros hermanos y hermanas”. Si nuestro amor humano no los incluye, es señal de que nuestro amor no vale mucho. El amor de Dios lo abarca siempre todo y deja que su sol salga sobre malos y buenos. Por desgracia, es fácil volverse selectivo y excluir a alguien de nuestro corazón, e incluso excluirlo de la vida misma. Y cuando se comienza a pensar de modo selectivo, la eutanasia ya no tarda mucho tiempo en aparecer en la agenda social; es lo que Hitler llamó *Gnadentod*: “muerte piadosa”. ¡Qué grande es el poder del lenguaje que lleva fácilmente a llamar bien al mal! Pero el evangelio y su mensaje son clarísimos: todo ser humano es inviolable y digno de protección desde el primer momento en que se teje su concepción en el útero materno hasta su último suspiro terrenal.

Al mismo tiempo, nuestro Dios es misericordioso y perdona siempre. La Iglesia es la institución del perdón. Ninguna autoridad estatal o municipal puede otorgar el perdón. Es extremadamente importante que hagamos todo lo que podamos para ayudar a la que quiere dar a luz a su hijo, pero se encuentra en circunstancias difíciles y necesita apoyo. Es vital ofrecer ayuda y perdón. ¿Cómo podemos crear una sociedad en la que cada niño sea recibido con alegría y gratitud? Durante el Adviento nos regocijamos por el nacimiento de Jesús. Dios quiera que todos los niños sean anhelados por igual. Dios nos conceda que reconozcamos a Jesús en cada niño que está esperando nacer.

Con mi oración y bendición, + Anders Arborelius ocd